

# No hay pasado sin presente: Memoria y Narrativa Chilena de los últimos 40 años

LORENA AMARO CASTRO<sup>1</sup>

## RESUMEN

Con posterioridad al golpe militar del 11 de septiembre de 1973, numerosos textos chilenos procuran volver sobre ese hecho traumático y sus consecuencias abordándolo desde perspectivas diversas. Este artículo busca hacer un recorrido por la memoria, destacando aquellos relatos que han procurado hablar del pasado dando cuenta de un presente en que las condiciones políticas, económicas y sociales revelan las herencias imborrables del régimen dictatorial.

## PALABRAS CLAVE

Políticas de la memoria; dictadura militar chilena; memoria colectiva; narrativa chilena.

## ABSTRACT

After the military coup of September 11 1973, several Chilean texts seek to return to this traumatic event and its consequences from diverse perspectives. The following article traces literary memory, highlighting those accounts that have attempted to speak about the past by providing a narrative of a present in which political, economic and social conditions reveal the indelable legacies of the dictatorial regime.

## KEY WORDS

Politics of memory; Chilean military dictatorship; collective memory; recent Chilean narratives.

---

<sup>1</sup> Doctora en Filosofía (Universidad Complutense de Madrid), Magíster en Teoría Literaria (Universidad de Chile). Actualmente es profesora asociada en el Instituto de Estética de la Pontificia Universidad Católica de Chile, donde investiga sobre literatura autobiográfica, relatos de infancia y narrativa chilena del siglo XX. Contacto: Lorenaamarocastro@gmail.com



Las notas que conforman este artículo surgieron de la necesidad de hacer memoria sobre los procesos literarios chilenos, ante la insistente y también esquemática rememoración emprendida por los medios de comunicación durante el último año<sup>2</sup>, a veces más y otras menos afortunados en la selección de información que ayude realmente a la construcción de una memoria colectiva.

Abarcar los últimos 40 años desde la perspectiva de los procesos sociales, políticos y económicos, como también de los literarios, resulta una tarea difícilmente abordable. Como alguien nacido a fines de 1971, confieso que no puedo evitar el símil con mi propia historia, con cada uno de sus pequeños sucesos. Hablar, pues, de los procesos literarios durante ese tiempo, procesos hartos más complejos que los de la propia vida, se presenta como el desafío del monstruoso Ireneo Funes (“Funes el memorioso”, 1944). La memoria, en el relato borgeano, devora el presente. Funes necesita un día entero para recordar el día anterior<sup>3</sup>; no logra pensar, abstraer, generalizar, y sobre todo no posee la capacidad de olvidar, de recordar selectivamente, que es propio del trabajo de memoria, un trabajo intencionado que en el plano social hace que las políticas de la memoria sean procesos que manifiestan, siempre, alguna voluntad de olvido (Jelin 2013: 81). En este sentido, el presente –que en el cuento de Borges acaba desapareciendo para Funes– es el punto de partida fundamental para toda reconstrucción memoriosa, porque es desde allí que se otorga sentido a los relatos. Son los reclamos del presente los que determinan en gran medida lo que se quiere recordar y también, como lo hemos visto en Chile este año, lo que se desea transmitir y convertir en memoria de una comunidad.

---

<sup>2</sup> Durante 2013 numerosas iniciativas televisivas han abordado la cuestión de la dictadura. Ya en su cuarta temporada y emitida por el canal de la Universidad Católica, la serie “Los ochenta” recupera aquella época a través de una historia familiar. Además de esta serie, numerosos programas de reportajes, como “Los mil días” y “Chile íntimo”, emitidos por el mismo canal y que contaron con una alta sintonía. Así ocurrió también con “Chile, imágenes prohibidas”, transmitido por el canal de televisión perteneciente al presidente Sebastián Piñera. El director Andrés Wood realizó “Ecos del desierto”, serie que ficcionaliza la historia de la abogada de Derechos Humanos Carmen Hertz y su relación con la “Caravana de la muerte”, comandada por el general Sergio Arellano Stark en el norte de Chile. Hay muchos otros programas que abordaron el tema y el mismo día 11 de septiembre hubo canales de noticias que transmitieron los sucesos de hace 40 años como una especie de boletín hora a hora de lo que aconteció en 1973, como es el caso de CNN Chile.

<sup>3</sup> “Dos o tres veces había reconstruido un día entero; no había dudado nunca, pero cada reconstrucción había requerido un día entero” (Borges 488).



“La narración de los recuerdos requiere decisiones por parte de los sujetos [...] los sujetos (de alguna forma) ejercen *opciones* en el punto de intersección entre *recuerdo, experiencia y narrativa*” (17), escribe Michael Lazzara en la introducción a su libro *Prismas de la memoria* (2007). A ello habría que agregar que estas selecciones se anclan en el horizonte de sentido del presente. Hablar de los últimos cuarenta años de nuestra literatura implica realizar el ejercicio de pensar lo memorable del período y evaluar, en ese proceso abierto e incesante de rememoración, lo que cabe decir, también lo que es dable leer o escuchar, teniendo siempre presente que ese “flujo de la voz” no cesa para agregar como dice Leonor Arfuch que “si bien hay temporalidades de la memoria, los relatos nunca se acaban” (15).

Una forma de abordar el tema podría ser cartografiar los últimos 40 años en la forma de lo que ahora llaman *name-dropping*, lo que traducimos como “dejar caer nombres” o, más chileno aún, “tirar nombres”, ejercicio que se ha realizado en los últimos meses y que conlleva siempre exclusiones y negaciones, algunas imperdonables. Así se observa, por ejemplo, en el artículo “Mapa literario del Golpe de Pinochet y sus secuelas”, publicado por el diario *El País* en 2013, importante vitrina cultural de los países de habla hispana, en que el crítico Rodrigo Pinto efectivamente omite nombres significativos de la literatura chilena que se han hecho cargo de los temas de la dictadura, la transición y la postransición. Faltan principalmente autoras, todas indispensables. Pinto no desecha a Isabel Allende, pero advierte que no escribe “gran literatura”. Rescata *Tiempo que ladra*, de Ana María del Río, pero no otras novelas, como *Óxido de Carmen* o *De golpe, Amalia en el umbral*. Menciona una novela de Carla Guefelbein, seguramente pensando en que ella ocupa, más que un lugar en la memoria de estos últimos cuarenta años, un espacio en las estanterías españolas. En el ámbito testimonial nombra a Nubia Becker y en el periodístico, un libro de Margarita Serrano con Ascanio Cavallo y otro en preparación, de Alejandra Matus. Especialmente sorprendente es que Pinto no diga nada de Diamela Eltit<sup>4</sup>. Hay en ello, quizás, cierto deseo de olvidarla y por ello la “tirada de nombres” merece al menos este comentario para comenzar a hablar de la memoria y la literatura

<sup>4</sup> Al menos en un artículo posterior, publicado en Babelia el 16 de noviembre de 2013, Pinto sí incluye a Diamela Eltit (y su novela *Mano de obra*), en un listado para entender los últimos veinte años en Chile. Hace alusión, en ese texto, a la novela *Lumpérica*, como una novela de denuncia más allá de las circunstancias de la dictadura.



en Chile, además de otra tirada de nombres, para que no quede dudas de la omisión. Los de Diamela Eltit, Elvira Hernández, Carmen Berenguer, Guadalupe Santa Cruz, Eugenia Brito, Nelly Richard y muchas otras que comenzaron a publicar en los noventa o incluso después, novelistas, cuentistas y poetas. Hacer una “tirada de nombres” contra una política de olvido que afecta, en este caso, a las creadoras chilenas, quienes se comprometieron a través de poesía, sus novelas y cuentos, a relatar desde sus propias perspectivas esta historia a retazos, que es la del quiebre chileno y sus prolongadas consecuencias.

## Actualidad fantasmática de un poema

¿Qué hacer, pues, para abordar los últimos 40 años y decir algo sobre la memoria, sin ser desmemoriado? ¿Qué autores traer a colación, sin dejar a tantos otros de lado? ¿Desde dónde recordar?. En distintas etapas, buena parte de la población chilena ha ido asumiendo que los procesos no comienzan ni terminan en fechas exactas, sino que son mucho más dilatados y subrepticios. Mientras la mayoría celebraba el “fin” de la dictadura y de la coerción de las libertades civiles, otros, con las manos vacías después de muchas luchas, no tenían más que continuar peleando por sus muertos y exigiendo que se les restituyeran sus derechos, una batalla que continúa hasta el día de hoy y que se prolonga en el actual debate sobre la necesidad de una Asamblea Constituyente, que reemplace la Constitución impuesta por el gobierno militar en 1980, documento vigente hasta hoy.

Precisamente dado este entronizamiento de las medidas políticas del gobierno cívico-militar comandado por Pinochet, como por la persistencia de un modelo económico de mercado que devastó la educación y la salud públicas, además de instalar formas de sociabilidad vinculadas al mercado, desobjetivadoras y acrílicas, quizás fuese interesante revisar los relatos de la memoria interrogándolos por su relación con este presente, constatando en estas representaciones hasta qué punto buscan expresar el presente del cual emanan. En este sentido, tomo el análisis de Luis Cárcamo-Huechante, cuando plantea que el llamado “ajuste estructural” que vivió Chile con posterioridad al 73 fue también un ajuste cultural, un giro simbólico, en que el libre mercado se constituyó en un discurso cultural desplegado hegemónicamente en la sociedad, como vie-



nen observando y describiendo muchos de los textos del último tiempo. Pero no todos reparan en esta circunstancia de nuestro presente cuando vuelven la mirada al pasado. Si bien hay cierto acuerdo en que es necesario construir, a través de la producción simbólica, una memoria colectiva que derribe el cerco de ese presente, preservando los sacrificios, las victorias, derrotas y esperanzas del pasado, quizás nuestra última literatura se esté afincando con demasiada estrechez precisamente en el concepto de “memoria”, como si ella se dirigiera a algo que quedó encapsulado en un tiempo ya muerto. El mismo Cárcamo-Huechante advierte sobre una disposición de la memoria en exceso nostálgica, refiriéndose a aquellas escrituras que ante un proceso de modernización intensiva, vuelven la mirada hacia referentes pasados, remotos o perdidos como una especie de memoria compensatoria que, cito, “más que un impulso político, se traduce en un mercado de narrativas sentimentales de consumo masivo” (53). Con ello alude, por ejemplo, a obras de Luis Sepúlveda, Hernán Rivera Letelier, Marcela Serrano, Gonzalo Contreras y otros autores con éxito editorial.

¿Cómo hablar del pasado haciéndole justicia y, además, sin cerrarlo? Durante los meses de 2013 y muy particularmente cerca del 11 de septiembre hubo varias imágenes que irrumpieron en los hogares chilenos, algunas masivas, otras de culto, como la fantasmática intervención del poeta Gonzalo Millán recitando uno de los poemas de *La ciudad*, el número 48, en un video subido a YouTube:

El río invierte el curso de su corriente.  
El agua de las cascadas sube.  
La gente empieza a caminar retrocediendo.  
Los caballos caminan hacia atrás.  
Los militares deshacen lo desfilado.  
Las balas salen de las carnes.  
Las balas entran en los cañones.  
Los oficiales enfundan sus pistolas.  
La corriente penetra por los enchufes.  
Los torturados dejan de agitarse.  
Los torturados cierran sus bocas.  
Los campos de concentración se vacían.  
Aparecen los desaparecidos.  
Los muertos salen de sus tumbas.



Los aviones vuelan hacia atrás  
Los “rockets” suben hacia los aviones.  
Allende dispara.  
Las llamas se apagan.  
Se saca el casco.  
La Moneda se reconstituye íntegra.  
Su cráneo se recompone.  
Sale a un balcón.  
Allende retrocede hasta Tomás Moro.  
Los detenidos salen de espaldas de los estadios.  
11 de Septiembre.  
Regresan aviones con refugiados.  
Chile es un país democrático.  
Las fuerzas armadas respetan la constitución.  
Los militares vuelven a sus cuarteles.  
Renace Neruda.  
Vuelve en una ambulancia a Isla Negra.  
Le duele la próstata. Escribe.  
Víctor Jara toca la guitarra.  
Canta  
Los discursos entran en las bocas.  
El tirano abraza a Prat.  
Desaparece.  
Prat revive.  
Los cesantes son recontratados.  
Los obreros desfilan cantando  
¡Venceremos! (85-86)

La voz de Millán enuncia con firmeza su objetivo recorrido por el espacio de la derrota, publicado por primera vez en Canadá, en 1979, durante el exilio. El poema 48 (en la edición canadiense) hace correr el tiempo hacia atrás, dándole la forma de una heterocronía, de un tiempo otro que no es el de la dictadura ni el del venceremos, sino que se trata de un tiempo que queda abierto e impacta incluso como si se tratara de una imagen mítica que nos anuncia nuevas victo-



rias, pero también nuevas derrotas en esa ciudad, que es más que una ciudad<sup>5</sup>. Millán contribuye así a una invención colectiva, algo que Jens Andermann ha llamado “tropografías”, “mapas ya no de espacios sino de imaginarios y memorias de espacios, convencionalizadas en tropos, en figuras e imágenes retóricas” (2013), una tropografía como mapa y recorrido por los imaginarios nacionales y por nuestra historicidad, por esa tragedia que se llama Chile y que tiene su origen violento antes de nuestra vida republicana, origen que los nuevos movimientos sociales, aquellos que se han fortalecido en los últimos diez años, nos enrostran, aunque prefiramos seguir esquivándolos, con la mirada puesta en lo que Diamela Eltit llamó, a 30 años del golpe, “la imagen pantalla”. Gonzalo Millán, fallecido en 2006 debido a un cáncer, aparece hoy fantasmáticamente en las redes sociales para enrostrarnos la vigencia de ese tiempo no resuelto en su poema.

## Imágenes dialécticas

Insisto: ¿cómo hablar del pasado sin cerrarlo? No es fácil. En la reciente antología *Volver a los 17*, editada por Oscar Contardo—un título irónico y altamente complejo, a mi modo de ver—hay varios relatos sobresalientes. Sin embargo, tengo muchas preguntas sobre la recopilación de Planeta. Tomo particularmente uno de los relatos más interesantes y sobrecogedores, “Familias como la nuestra”, de la periodista Andrea Insunza, cuya familia vivió particularmente la dureza del régimen. Una familia proscrita, de comunistas, cuya historia cambia con el plebiscito del 88: “No recuerdo bien si fue entre cómputos o después del segundo, pero sí que mi papá llegó a la casa relativamente temprano. Mi mamá ya estaba ahí. Las tres nos asomamos a la puerta. Mi papá caminó desde el portón. No gritó. No corrió a abrazarnos. Sencillamente se acercó y nos dijo: ‘Se acabó. Ganamos’” (2013:164). Rescatando lo valioso que es este relato, me pregunto de todos modos, ¿qué se acabó? Evidentemente, ya no vivimos bajo toque de queda. Pero habría que preguntarse cuántas otras experiencias del Chile actual se asemejan a ese estado de excepción que duró 17 años.

5 Sobre la relación de este poema con el tramado temporal se discutió el 10 de septiembre de 2013 en una mesa realizada en el Instituto de Estética de la Pontificia Universidad Católica de Chile con motivo de los 40 años del golpe militar. Participaron en ese diálogo las críticas literarias Valeria de los Ríos y Patricia Espinosa, quienes presentaron, ambas, ponencias en que se hablaba del poema aquí citado. También intervino, desde el público, el crítico de cine Pablo Corro. El poema de Millán estuvo presente también en otras conmemoraciones de carácter académico durante esos días.



Varios textos de los últimos veinte años caminan entre escombros y restos. Sobre esta condición de ruina, sobre las alegorías de la derrota han escrito ya numerosos críticos, partiendo por Idelber Avelar, en una línea que por momentos aparece también en los textos de Rubí Carreño y también en trabajos de investigación de críticas como Macarena Urzúa<sup>6</sup>. También hay estudios, como el de Ignacio Álvarez sobre las relaciones de los narradores recientes con el mundo material, que dan cuenta de diversas opciones narrativas para referirse a la relación entre pasado y presente: el antes, el durante y el después de la dictadura. Particularmente importantes han sido las incursiones de los críticos en el ámbito de los relatos traumáticos sobre tortura, desaparición y exilio, tema analizado, entre otros, por Michael Lazzara. Pero me interesa otro modo de interrogar la memoria, uno que pone en perspectiva el dolor de aquellos años en un tramado más denso, que es la construcción política y social del país desde sus orígenes republicanos.

Yo me referiré en particular a algunas narraciones que relevan la cuestión temporal. En primer término, pienso en *El palacio de la risa* (2014), de Germán Marín. Su narrador describe con minuciosidad arquitectónica lo que fue en otros tiempos esa casa, lugar de cultura, también cifra de las desigualdades sobre las que se basa la sociedad chilena, dado que muy tempranamente se construye como casa particular de una familia de la élite, que celebra la alta cultura. El narrador de Marín recorre con su lector este palacio que, por vueltas del destino, fuera también la casa de un compañero de colegio y por eso una casa preñada de recuerdos infantiles. Revisitada otra vez en los años 60, la casa se ha convertido en una discoteca, casa de la banalidad y de la fiesta, hasta llegar al cruel *palacio de la risa*, la “Villa Grimaldi”, por donde pasaron 4.500 detenidos y desaparecieron, hasta hoy, 211 personas. Esta casa condensa diversas temporalidades que constituyen una suerte de suma del tiempo en Chile. A diferencia, por ejemplo, del relato donosiano, en que la casa de Marulandía está ubicada en un lugar aparentemente “otro”, elusiva demarcación territorial que Donoso procura en tiempos difíciles, de plena dictadura, la casa de Marín es la ruina que se encuentra al retorno del exilio, un exilio muy particular. Una de las citas de esta narración es sintomática: “Yo no venía del extranjero, sino del pasado,

---

6 Menciono sus respectivos textos en las referencias bibliográficas al final del artículo.



el que al parecer nadie quería, pues, de acuerdo a lo que había captado, aquel tiempo ya no representaba nada en la vida actual de los chilenos” (97). Al narrador la ciudad le parece “un cúmulo de modernidad y barbarie” (99), traslapando así nuevamente dos espacios en disputa desde el nacimiento de las naciones latinoamericanas. Este hombre proveniente del pasado se instala pues en el antiguo parque de la mansión de Peñalolén<sup>7</sup>-- para hablar del presente, pero sobre todo del dilatado tiempo de un país, en que la destrucción y la violencia son animales que ingieren lentamente el espacio y la vida.

En un presente en que se traslapan los tiempos del acontecer histórico se instalan también Diamela Eltit cuando localiza a L. Iluminada en una plaza pública en *Lumpérica* (1983), o Pedro Lemebel, cuando *oye latir su corazón* en una esquina de los blocks poblacionales (*La esquina es mi corazón*, 1995). Ellos resuelven en esa instantaneidad de pasado, presente y porvenir de la silenciosa revolución de Pinochet, lo que otros autores demoran en sus textos, como lo hace, por ejemplo, el poeta José Ángel Cuevas - perteneciente a la llamada generación del 70, quien viviera, además, el “exilio interior”- en su *Autobiografía de un ex(tremista)* (2009). El poeta opta aquí por una narración que tiene más bien la forma de un diálogo con el lector, a quien le refiere la elegía de un tiempo perdido, previo al golpe. También las luchas de los años oscuros y luego la indispensable coda en que en sus recorridos incesantes por la ciudad verifica la imposibilidad de un futuro digno. En el año 2013, Cuevas publica *La novela de la dictadura*, libro que, como la narración anterior, ha pasado casi inadvertido en Chile, pero en que retoma algunas de las líneas trazadas en *Autobiografía...* cuestionando particularmente los modos en que se puede relatar ese período violento, procurando ir más atrás y también más allá de los hechos verificados entre 1973 y 1990 a través de una prosa rápida, nerviosa, en que los diálogos, el carácter oral de la discusión política, es una de las marcas más evidentes de esa enunciación y que retrata de modo urgente lo que Leonor Arfuch ha llamado la “cotidianidad del afuera”, “de vivir igualmente bajo riesgo a cada paso, de saber y no saber -una de las estrategias de la desaparición-“ (15).

7 Dice mucho de la “transición” chilena a la democracia el hecho de que el penal “Cordillera”, sede de arresto durante años de los responsables de las violaciones a los derechos humanos como Manuel Contreras, director de la DINA involucrado en los casos criminales de Villa Grimaldi, estuviera instalado violentamente cerca de este último lugar, hoy llamado “Parque por la Paz”.



Pocos libros pueden haber sido tan pésimamente editados en los últimos años como *Autobiografía de un ex(tremista)*(2009) y *La novela de la dictadura*, (2013) lo que me parece sintomático de una escritura que sigue estando exiliada y que, si bien es reconocida en el ámbito académico y ha sido apreciada incluso por críticos mediáticos como el sacerdote José Miguel Ibáñez Langlois (conocido como “el cura Valente” baluarte crítico del diario *El Mercurio*), permanece deshilachada y sola en sus recorridos inútiles por un Santiago que no existirá más.

La ciudad, que otrora se presentara al joven poeta Cuevas como un espacio misteriosamente abierto, se ha transformado. Antes él entraba a un cine céntrico y hallaba ahí “un lugar secreto del inconsciente. Un permiso” (9). La ciudad aparece en esos recuerdos horadada como un túnel, con entradas y salidas que trasladaban a los lugares más fantásticos y dislocados. Muy diferente son las escenas presenciadas en la ciudad posterior al año 2000, en “las poblaciones cayeron” y como dice Cuevas, ya no hay poesía.

Es en las calles polvorientas de esta nueva ciudad orientada por las leyes de la oferta y la demanda se produce un siniestro hallazgo. Un niño descubre que un perro juega con un pie. Como el dramaturgo Luis Barrales en la obra *H.P.* (2013) o Álvaro Bisama en el cuento “Pozo” (2012), José Ángel Cuevas ubica en el cruel escenario de la nueva ciudad el cuerpo despedazado del adolescente Hans Pozo<sup>8</sup>. “¿Qué poesía puede salir de todo eso?”, se pregunta Cuevas y él mismo se responde: “Los restos del sistema, despojos, hace poco se halló una mano, un brazo, pedazos de cráneo de Hans Pozo a lo largo de Puente Alto” (113). El extremista, dice Cuevas citando a Foucault en el epígrafe que abre el libro, es quien ha puesto su cuerpo a disposición. Pienso que en su relato asimila ese cuerpo envilecido, “el extremista”, el humanoide, el hijo de perra que debía ser exterminado, a ese otro cuerpo oscuramente párvulo, juvenil, prostituido y destrozado. La historia de Hans Pozo es, por efectos de sentido, un relato de opresión política que tiene lugar bajo los gobiernos de la Concertación. Como

8 El caso de Hans Pozo se dio a conocer en 2006, cuando restos humanos fueron hallados en distintas zonas de Santiago. El cuerpo descuartizado era el de este joven de 20 años, quien fue asesinado por Jorge Martínez Arévalo, funcionario municipal y dueño de una heladería, quien lo asesinó para silenciarlo. Pozo era adicto a la pasta base y ejercía la prostitución. Aparentemente extorsionó a Martínez con contarle a su esposa sobre la relación que sostenían, lo que llevó a este último a cometer el crimen. Para esconderlo, Martínez descuartizó el cadáver; cuando la policía dio con él como sospechoso, se suicidó antes de que pudieran interrogarlo.



si ese cuerpo desmembrado fuera una pista de algo y se tratara, también, de ese tipo de memoria que no buscamos, sino que nos encuentra donde menos la esperamos, como en este libro bello y desflecado de Cuevas, en que Hans Pozo, más que protagonizar un epitafio, nos grita una advertencia.

A través de la literatura chilena actual se pueden encontrar creaciones en donde están presentes temas sobre la política esos años y las consecuencias no resueltas del mismo. Un ejemplo de lo enunciado es el cuento “El hijo del coronel” (2007) de Roberto Bolaño (1953-2003), en que un narrador cuenta que vio una película de trasporno que le pareció su autobiografía. La frase, que resulta chocante o ridícula cuando nos enteramos de la trama de la película, una de zombies, va cobrando también ese sentido ominoso en la medida que dejamos entrar las imágenes en que militares norteamericanos someten a los zombies a diversos tipos de tortura y el hijo del coronel, rodeado de una serie de renegados como él (extranjeros latinos y chinos, un negro que vive en las cloacas) primero emula y luego enfrenta a su padre militar. Esas imágenes –que el cuento parangona con el libro objeto *Teatro proletario de cámara* (2008) del argentino Osvaldo Lamborghini (1940-1985)- se combinan en un bricolaje de residuos provenientes de la cultura mediática, porno y terror folletinescos constituyendo una de las formas que encontró Bolaño, en su exilio que fue tan distinto del que vivieron Cuevas, Lemebel y Eltit en el interior, como del que vivieron Millán y otros en diversos puntos del orbe, para hablar del terror en Chile. La incomodidad se origina en este caso en lo que podríamos llamar el disparate, un procedimiento más encubierto que el de Cuevas, pero igualmente dialéctico.

Para cerrar este recorrido por la memoria, el olvido y la continuidad de un tiempo que no cesa, conviene revisar una crónica de Pedro Lemebel (1952-2015) aparecida en el libro *De perlas y cicatrices*, donde recoge los textos leídos por él en su ya mítico programa *Cancionero* de radio Tierra. En, Camilo Escalona (o “solo sé que al final olvidaste el percal”) él le escribe al dirigente socialista del mismo nombre: “tal vez nunca fuiste de los nuestros” (2010:40). El cronista declara,

...[E]ntonces soñábamos tantos mundos, Camilo, y las leyendas de esos comics se hacían reales en el verano haragán de esos niños tirilludos, entretenidos en tirar piedras, cazar lagartijas o robar frutas en esas casas



quintas de la Gran Avenida. Recuerdo difusamente esos inocentes delitos, veo entre los carbones oblicuos de los ojos mapuches, tus pupilas de agua marina que te coronaban líder. (39)

Puede que resulte incómodo –y mucho- leer las punzantes líneas de Lemebel. Sin embargo, en ese desacomodo radica la posibilidad de asomarse a algo mucho más potente que esa memoria pantalla tan activa en septiembre de 2013, de manera de poder dar consistencia al ejercicio memorioso y también volumen a una historia que no comenzó el 11 de septiembre del 1973 ni terminó con el saludo entre Aylwin y Pinochet. Los escenarios, en esa historia, se transfiguran y las imágenes de la pérdida emergen del contraste entre el presente y el pasado. Vuelvo a Lemebel:

Como ves, en la población está todo casi igual, a no ser por todos los que faltan, los que se fueron esperando el día triunfal de tu regreso. Todos tenían algo que pedirle al parlamentario orgullo de la población. Todos deseaban al menos sacarse una foto contigo, para mostrarla a sus nietos y decirles que un día, ya esfumado por el Alzheimer, corretearon con un famoso por los potreros de San Miguel, cuando todos los sueños infantiles cabían en unos ligeros zapatos rotos. (40)

Hablar de los últimos 40 años de literatura chilena constituye, pues, un acto de rememoración, puede que también de anagnórisis y de recuperación del tiempo perdido. El crítico Ignacio Álvarez ha arriesgado una interesante taxonomía de la narrativa chilena reciente acudiendo al pensamiento clásico, esbozando ciertas analogías con el pensamiento de estoicos, escépticos y epicúreos. Se trata de una taxonomía que aborda las relaciones entre esos relatos y la vida material y, claramente, la relación de sus narradores con el continuo temporal: “En ese diseño, el estoico será ciertamente el guardián de la memoria, el escéptico, un crítico del presente y el epicúreo, el encargado de volver porfiadamente a imaginar el futuro” (30). Desde luego que son posibles los deslizamientos. Las posiciones que he procurado describir aquí involucran claramente las dos primeras, aunque a veces sus voces rozan también ese otro ámbito, el del futuro imaginable todavía hoy.



Para imaginar ese futuro, en los últimos diez años se ha producido un cierto movimiento o circulación, que pienso es necesario mencionar si deseamos hablar de la producción de estos 40 años sin cerrar el campo de la literatura a lo que se ha escrito y publicado con posterioridad al golpe. Me refiero a las numerosas reediciones que se están haciendo de libros que desde el pasado nos hablan de las luchas políticas y sociales previas a la dictadura, novelas en que la mirada anarquista y también otras perspectivas sociales y políticas son fundamentales. Los textos de Baldomero Lillo, José Santos González Vera, Carlos Sepúlveda Leyton, Augusto D'Halmar, Carlos Droguett, Marta Brunet y Gabriela Mistral<sup>9</sup> son revisitados hoy por pequeñas editoriales, muchas de ellas autogestionadas, que buscan, al publicarlos, dar forma y transmitir una herencia cultural, política, destinada a las voces del presente y las memorias del futuro. Me parece justo, en estas reflexiones sobre el pasado, cerrar con este dato que remite a la importancia de la memoria en la proyección del presente y el futuro. Un dato que nos habla de quienes escribieron antes de la catástrofe y que de algún modo, dijeron algo sobre ella.

---

9 La obra narrativa de Baldomero Lillo fue reeditada en 2008 por la Universidad Alberto Hurtado, la cual también prepara actualmente una edición de las obras completas de la novelista y cuentista chilena Marta Brunet, Premio Nacional de Literatura. Las *Obras completas* del escritor José Santos González Vera, activo anarquista en su juventud, fueron publicadas este año por una editorial creada por su hija, Carmen Soria, con un excelente prólogo escrito por su nieto, el escritor Pascual Brodsky. La *Trilogía normalista* del escritor y profesor anarquista Carlos Sepúlveda Leyton, ha sido editada por primera vez en conjunto por Sangría, editorial de los novelistas Carlos Labbé y Mónica Ríos, que también se ha dedicado a reeditar otros textos de autores chilenos que permanecían abandonados, como Augusto D'Halmar –quien fuera muy protagónico en su tiempo-. Por último, el importante *Poema de Chile*, publicado por primera vez después de muerta Gabriela Mistral, en 1967, por Editorial Pomaire, luego también por Seix Barral, ha sido reeditado con una serie de poemas que antes no fueron incluidos, por la editorial autogestionada La Pollera.



## Bibliografía

- ÁLVAREZ, IGNACIO** (2012): "Sujeto y mundo material en la narrativa chilena del noventa y el dos mil: estoicos, escépticos y epicúreos". *Revista chilena de literatura*, (82), 7-32. Recuperado en 26 de octubre de 2013, de [http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=So718-](http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=So718-)
- ARFUCH, LEONOR** (2013): *Memoria y autobiografía. Exploraciones en los límites*. Buenos Aires: FCE.
- AVELAR, IDELBER** (2000) [1999]: *Alegorías de la derrota. La ficción posdictatorial y el trabajo del duelo*. Santiago de Chile: Cuarto Propio.
- BARRALES, LUIS**. *HP (Hans Pozo)*. Recuperado en Internet en 26 de octubre de 2013. En [http://www.teatrolanacional.cl/HP/texto\\_hp.pdf](http://www.teatrolanacional.cl/HP/texto_hp.pdf)
- BISAMA, ÁLVARO** (2012): "Pozo". En: Jeftanovic, Andrea y Beatriz García Huidobro (editoras). *CL. Textos sin fronteras*. Santiago de Chile: Ediciones Alberto Hurtado.
- BOLAÑO, ROBERTO** (2007): "El hijo del coronel". En: *El secreto del mal*. Barcelona: Anagrama.
- BORGES, JORGE LUIS** (1999) [1944]: "Funes el memorioso". En: *Artificios. Obra Completa*, vol. I. Buenos Aires: Emecé, pp. 485-490.
- CÁRCAMO-HUECHANTE, LUIS** (2007): *Tramas del mercado: imaginación económica, cultura pública y literatura en el Chile de fines del siglo veinte*. Santiago de Chile: Cuarto Propio.
- CARREÑO, RUBÍ** (2009): *Memorias del nuevo siglo: jóvenes, trabajadores y artistas en la novela chilena reciente*. Santiago de Chile: Cuarto Propio.
- CONTARDO, OSCAR** (2013): *Volver a los 17*. Santiago de Chile: Planeta.
- CUEVAS, JOSÉ ÁNGEL** (2009): *Autobiografía de un (ex)tremista*. Santiago de Chile: La calabaza del diablo.
- \_\_\_\_\_ (2013): *La novela del golpe*. Santiago de Chile: La calabaza del diablo.
- ELTIT, DIAMELA** (2008) [2005]: "La memoria pantalla. Acerca de las imágenes públicas como
- POLÍTICAS DE LA DESMEMORIA". EN: Signos vitales. Escrito sobre literatura, arte y política. SANTIAGO DE CHILE: UNIVERSIDAD DIEGO PORTALES, 101 – 107.**
- \_\_\_\_\_ (1983): *Lumpérica*. Santiago de Chile: Ediciones del Ornitorrinco.
- INSUNZA, ANDREA** (2013): "Familias como la nuestra". En: Contardo, Oscar (Ed.). *Volver a los 17*. Santiago de Chile: Planeta, pp. 143 -164.



**JELIN, ELIZABETH** (2013): “Militantes y combatientes en la historia de las memorias: silencios, denuncias y reivindicaciones”. EN: *Meridional, Revista Chilena de Estudios Latinoamericanos*. Número 1, Octubre 2013, 77-97.

**MARÍN, GERMÁN** (1995): *El palacio de la risa*. Santiago de Chile: Planeta.

**MILLÁN, GONZALO** (1979): *La ciudad*. Quebec: Les Editions Maison Culturelle Québec-Amérique. Latine. En <http://www.memoriachilena.cl/archivos2/pdfs/MC0006611.pdf> (consultado el 26 de octubre de 2013).

**Pinto, Rodrigo**: “La historia verdadera en verso y prosa”. En: *El País*, 16/11/2013. En <http://yonosoyfunes.wordpress.com/2013/11/27/la-historia-verdadera-en-verso-y-prosa/> (consultado el 21 de enero de 2014).

\_\_\_\_\_: “Mapaliterariodelgolpe de Pinochet y sus secuelas”. En: *El País*, 10/09/2013. En [http://cultura.elpais.com/cultura/2013/09/10/actualidad/1378809771\\_751098.html](http://cultura.elpais.com/cultura/2013/09/10/actualidad/1378809771_751098.html) (consultado el 26 de octubre de 2013).

**LAZZARA, MICHAEL J.** (2007): *Prismas de la memoria: narración y trauma en la transición chilena*. Santiago de Chile: Cuarto Propio.

**LEMEBEL, PEDRO** (1995): *La esquina es mi corazón*. Santiago de Chile: Cuarto Propio, 1995.

\_\_\_\_\_. (2010) [1998]: *De perlas y cicatrices*. Santiago de Chile: LOM.

**URZÚA, MACARENA** (2012): “Alegoría y ruina: una mirada al paisaje de la poesía postdictatorial chilena”. En: *Revista Chilena de Literatura* n°82, 249-260.

